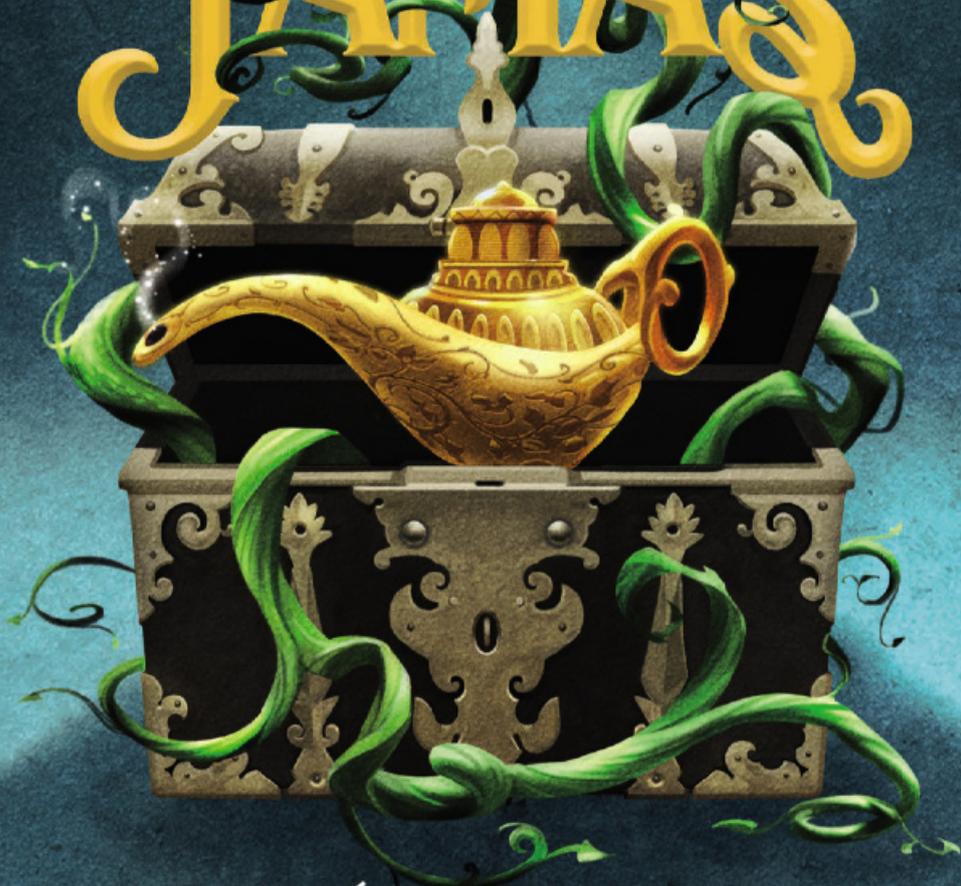


MELISSA DE LA CRUZ

NUNCA JAMÁS



LA ÚLTIMA HADA
CRÓNICAS DE NUNCA JAMÁS - LIBRO I

NUNCA
JAMÁS

MELISSA DE LA CRUZ

NUNCA
JAMÁS

LA ÚLTIMA HADA

CRÓNICAS DE
NUNCA JAMÁS

—
LIBRO I

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *Never After. The Thirteenth Fairy*
Publicado por primera vez por Roaring Brook Press.

1.ª edición: marzo de 2022

© Del texto: Melissa de la Cruz, 2020
© De las ilustraciones: James Madsen, 2020
© De la ilustración de cubierta: James Madsen, 2020
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño de cubierta de Elizabeth H. Clark y Aurora Parlagreco

ISBN: 978-84-698-9134-6
Depósito legal: M-3429-2022

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A toda la magia que hay en mi vida.

*A mi familia, Mike y Mattie,
para siempre jamás.*

*A mis amigos que creyeron,
Jen Besser y Richard Abate.*

ÍNDICE

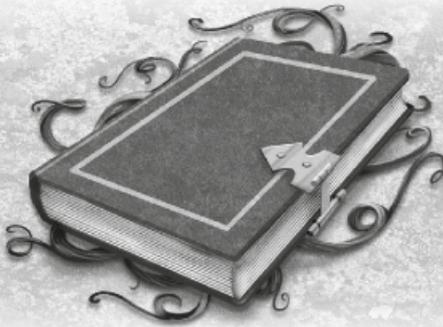
Prólogo: La no invitación	13
PRIMERA PARTE	23
Capítulo uno: La chica	25
Capítulo dos: El libro.....	34
Capítulo tres: El chico	42
Capítulo cuatro: Las series.....	50
Capítulo cinco: El amigo	62
Capítulo seis: La familia	68
Capítulo siete: La panda de la pasta	78
Capítulo ocho: Los árboles	90
Capítulo nueve: La caza	99
Capítulo diez: Tartas de cafetería y la flauta del flautista de Hamelín	109
Capítulo once: Nunca Jamás.....	119
Prólogo: La no vista.....	127
SEGUNDA PARTE	131
Capítulo doce: El viaje de Jack.....	133
Capítulo trece: El viaje de Filomena	142
Capítulo catorce: La casita.....	148
Capítulo quince: El ataque	154

Capítulo dieciséis: La batalla	162
Capítulo diecisiete: El rescate	169
Capítulo dieciocho: El banquete	176
Capítulo diecinueve: La marca	184
Prólogo: La no devorada	191
TERCERA PARTE	197
Capítulo veinte: El regreso	199
Capítulo veintiuno: Sueño escolar	206
Capítulo veintidós: Vuelta a los libros	215
Capítulo veintitrés: Nunca digas nunca	225
Prólogo: La no asustada	233
Capítulo veinticuatro: El regreso	236
Capítulo veinticinco: En el Profundo	245
Capítulo veintiséis: La exhibición de fuerza	253
Capítulo veintisiete: Prueba de voluntades	263
Capítulo veintiocho: El acertijo	269
Capítulo veintinueve: Fuego y sangre	277
Capítulo treinta: Sastre, zapatera y diseñadora de moda	288
Capítulo treinta y uno: Preparando el regreso	298
Capítulo treinta y dos: Troles en el puente	306
Capítulo treinta y tres: Secuestrados	313
Capítulo treinta y cuatro: Menú de taberna	319
Capítulo treinta y cinco: Alistair Bartholomew Barnaby	327

Prólogo: La no conocida	333
CUARTA PARTE	337
Capítulo treinta y seis: Al bosque	339
Capítulo treinta y siete: A casa de la abuelita..	345
Capítulo treinta y ocho: Cazador y cazada ..	350
Capítulo treinta y nueve: El reino de la lám- para	358
Capítulo cuarenta: Travesía por el desierto ..	369
Capítulo cuarenta y uno: La caverna	379
Capítulo cuarenta y dos: Oscuridad	383
Capítulo cuarenta y tres: ¡Que viene el lobo!..	387
Capítulo cuarenta y tres: Ira de ogro	392
Capítulo cuarenta y cinco: Las reglas de la magia	397
Prólogo: La no escrita	401
Capítulo cuarenta y seis: Victoria	405
Capítulo cuarenta y siete: Más aventuras a la espera	410
Agradecimientos	419

PRÓLOGO

LA NO INVITACIÓN



Érase una vez, hace mucho mucho tiempo, once hadas que hicieron piña, reunidas en Palacio por el nacimiento de una niña. Once nada más, pues la duodécima estaba muerta y la decimotercera desaparecida. Previamente se había sellado, enviado y entregado una invitación para cada hada, excepto la decimotercera: un requerimiento formal para acercarse a bendecir a la dulce princesita recién nacida.

Todo Nunca Jamás había llegado a Westfalia para celebrar aquel día largamente esperado. Había allí criaturas viejas y nuevas, de toda altura y color, desde dragones grandes como torres, cuya armadura de escamas tenía destellos verdes y dorados, a verrugosos duendes y enanos revoltosos. Había enanitos de jardín sentados sobre setas venenosas y diminutas hadas batiendo sus alas de libélula, esbeltas sílfides del bosque y avejentadas arpías. Había mercaderes y mozos de granja, pajes y ordeñadoras. Había grandes duques y magníficas damas, y demasiados espectadores como para ponerse a contarlos. Pues el reino entero había contenido la respiración por innumerables noches, e innumerables almas habían pedido deseos al paso de incontables estrellas por la salud de cada dedito de la mano o del pie de la recién nacida. Pero ahora ya se podía exhalar el aire contenido.

¡Una nueva princesa! El precioso futuro del reino.

El día del bautizo, el apuesto rey Vladimir y la hermosa reina Olga se sentaron en sus tronos, con una resplandeciente sonrisa en los labios y los dientes blancos, brillantes, cegadores. Una deslumbrante exhibición de orgullo y generosidad en una fiesta al aire libre de impresionante fastuosidad.

Era casi como magia, como si, con un chasquear de dedos, hubiera sucedido al fin. ¡Tachán!, un bebé. Todo lo pasado había quedado atrás. Un regalo reciente, magnífico, de ensueño, libre del desgraciado pasado.

Y, sin embargo... Sin embargo...

Había una intención detrás de cada espejo.

¿Qué era aquello? Si uno escuchaba atentamente, podía oír en la distancia una risa maníaca. Pero nadie la oía, porque nadie quería oírla.

El bebé... La princesa Eliana... Hacía mucho que la esperaban con anhelo. Decir que deseaban con toda el alma su llegada sería decir muy poco. El rey y la reina habían caído en la desesperación, ansioso a aquella niña. La criatura llegaba procedente del mundo de los sueños.

La princesa Eliana estaba cómoda y calentita, envuelta en gasas y algodones, en buenos deseos y en polvo de luna. Había recibido una bondadosa mirada de cada uno de los invitados allí reunidos, y cada momento transcurrido era su propio milagro, diminuto y fugaz. La felicidad revoloteaba por el aire dejando chispas de dicha y maravilla a su paso. Era una satisfacción universal posar un beso en las yemitas de los dedos de la niña.

Pero pasaba algo. Algo, sí: había algo peculiar. Nadie podía decir qué era, ni examinarlo en profundidad. Nadie quería mirar a través del velo de apretadísimo encaje, pues el soberbio lujo distraía y desviaba la atención.

¡Por supuesto! Festejemos los platos y pastas y pasteles preparados para todos. Arándanos y fram-buesas, sorbete de limón y tarta de sabrosas capas. Vinos y licores, baile y bebida. Contemplemos los elaborados vestidos, las alhajas y las coronas.

Pues aquello era una invitación abierta. Para todos y cada uno.

Para todos... salvo una.

Los miembros de la corte comentaban entre ellos, transmitiendo rumores y especulaciones que susurraban a diversos oídos curiosos. Había preguntas espolvoreadas con una pizca de miedo e inquietud:

—¿Dónde está Carabosse?

—¿Dónde está el hada decimotercera?

—¿Qué pasa con su bendición?

La corte murmuraba y susurraba, preocupada y ansiosa. A Carabosse, la decimotercera hada, la más poderosa de todo Nunca Jamás, no se la encontraba por ningún lado.

No le habían enviado ninguna invitación.

Más bien lo contrario.

Una no-invitación, si queremos llamarla así.

Ha llegado por fin la princesa primeriza,
y hoy la corte entera la bautiza.

Pero tú eres la diferencia:

no se cuenta con tu presencia
ni ahora ni cuando se despose.

NO TE ACERQUES, CARABOSSE.

Arpas y flautas tocaban melodías de canciones de cuna para el bebé real de sonrosadas mejillas y brillantes ojos de cobre. La niña bostezó, se desperezó, gimió. Y lloró. Y siguió llorando un poco más.

Reclamaba a su madre.

¡Su madre!

¿Dónde estaba su madre?

¿No estaba allí, en el trono? ¿Llevándose un cáliz a los labios, descuidada de los lloros de su dulce hija?

¡No!

Aquella no era su madre.

¡No!

Aquella mujer que estaba en el trono... no era su madre. La madre, a la que no llegaría a conocer, no estaba allí.

Su madre estaba muerta. Muerta y enterrada. Pudriéndose en la tierra.

La difunta reina Rosanna nunca tendría en brazos a su hija, la recién nacida, delante de la corte, el centro de aquel nuevo mundo que seguiría girando sin ella.

Porque la reina Rosanna estaba muerta.

Y la mujer que estaba en el trono, casada con su padre... Aquella mujer no era su madre.

¿Solo habían pasado unas semanas desde que el rey Vladimir se arrodillara ante la tumba de la reina Rosanna, llorando? Eso no parecía posible, pero así era. Solo habían pasado unas semanas. Prácticamente solo unos días. Un tiempo insuficiente para un duelo adecuado. No había habido tiempo para llorarla. Un rey había perdido a su reina y, sin embargo, no se habían entonado marchas fúnebres, ni se habían arriado banderolas en su recuerdo. No se habían presentado respetos a la previa esposa, ni lágrimas, ni años de espera. Ni siquiera un simple momento de reflexión.

Ni siquiera un «¿y si...?» prendido en la lengua.

Sin panegíricos, con la tierra de la tumba aún suelta, el rey Vladimir se había vuelto a desposar. Como si hubiera inspirado aire al pasar ella y hubiera después exhalado una nueva vida.

Allí estaba él, sentado orgulloso con su nueva esposa, la reina Olga, y su querubín, la ya famosa princesa Eliana.

Pero, lo que raramente se mencionará en las historias que lo recuerden, es que la decimotercera hada, el hada no invitada, el hada Carabosse, era la hermana de la difunta reina Rosanna, y por tanto la tía de la princesa Eliana.

Carabosse había advertido a Rosanna sobre el mundo mortal, la había advertido contra abandonar la seguridad del bosque. Pero Rosanna no le había prestado oídos. Rosanna cedió su magia para seguir su corazón, y ahora estaba muerta y enterrada bajo tierra.

Sin embargo, Carabosse estaba muy viva.

Y, al final, había llegado.

Pese a la no-invitación.

Un silencio febril recorrió la corte cuando entró Carabosse, seguida por la cola de su vestido. Los cuentos contados a partir de aquel día hablan de una fea bruja, jorobada y marchita, de un hada encantadora malvada y amenazante. De una bruja malvada vestida de negro, con los ojos como brasas y una voz de serpientes y lija.

Los cuentos se equivocan. Los cuentos son falsos y retorcidos.

Pues Carabosse era de una belleza asombrosa.

Alta y morena, salvaje y llamativa. Tenía los largos rizos negros de Rosanna y sus pómulos recortados, sus labios como pétalos de rosa y su porte majestuoso, pero los ojos de Carabosse no se parecían a los de su hermana. Los ojos de Carabosse eran tan negros como la noche y tan hondos como las profundidades del océano. Su vestido era de gasa y ébano, bañado en oro y brillante con la luz de mil luciérnagas. Sus pies desnudos apenas tocaban el suelo. No caminaba, sino que se deslizaba por la sala de baile sin producir sonido alguno.

La música se detuvo. Las criaturas se quedaron paralizadas. La preocupación reverberaba y rebotaba en los muros del castillo. Una quietud misteriosa perturbó el alegre salón. Nuevos susurros brotaron de los labios. Voraces tragos se convirtieron en silenciosos sorbos. Y entonces diversos dedos se alzaron, apuntando todos a Carabosse.

—¡Al fin! ¡Ha venido!

—¿Qué irá a hacer?

—¿A qué habrá venido?

Ella miró a sus hermanas, las hadas reunidas todas en fila, con pena, y muchas agacharon la cabeza de vergüenza. Carabosse, la mayor y mejor de

ellas, caminó con paso decidido hacia la cuna de su sobrina, un trineo de madera cubierto de bramante y enredadera, y levantó en los brazos al amado bebé de su hermana. Aquella niñita era cuanto quedaba de su querida Rosanna. Su corazón casi estalla a la vista de la niña. El parecido le resultó asombroso: era casi como si estuviera viendo los ojos castaños y cálidos de su propia hermana.

Le susurró algo al bebé en voz bajísima, y después inclinó la cabeza para besar a su sobrina robada, a la que otra mujer reclamaba como propia. Su primer momento juntas también fue robado, por un grito penetrante.

La reina Olga miró de soslayo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Devuélveme a mi hija!
—gritó.

—Tu hija —repitió Carabosse, elevando muy despacio su ceja perfectamente arqueada al tiempo que se volvía hacia la nueva reina—. Tu hija...

—Mi hija —aseveró la reina Olga, con ojos como brasas encendidas y una voz de lija y serpientes.

—He venido a otorgar mi bendición —dijo Carabosse.

Y toda la corte contuvo la respiración...